

TRES EDADES EN EL SIGLO XXI

José María MERINO

*De José María Merino
a José Enrique Martínez Fernández
con motivo de su jubilación*

1 EL CUENTO DE CAPERUCITA

Como la nieta vivía en una ciudad lejana, la veía pocas veces al año. Ahora, en los inicios del verano, la nieta y su madre pasaban unos días con él, en su pequeña casa de campo.

Lauri era una niña despierta, alegre, pero a él le sorprendía que sus principales entretenimientos fuesen la televisión y, sobre todo, una pantallita electrónica que no dejaba de manipular forzando movimientos de curiosos personajes en extrañas y repetidas situaciones.

La noche anterior hizo mucho viento, y como la antena de la televisión había sufrido daño no se podía ver ninguna emisora. Su hija, la mamá de Lauri, había salido a dar una vuelta en bici, y abuelo y nieta estaban sentados en la terraza, contemplando las nubes que se amontonaban sobre el valle. Lauri encendió la pantallita.

—¿Por qué no hablamos un poco? —preguntó el abuelo.

Lauri lo miró sin demasiado interés.

—¿De qué vamos a hablar, abuelo?

—¿Quieres que te cuente un cuento?

—¿Qué cuento?

Él comprendió entonces que su bagaje narrativo infantil no era muy grande y quedaba ya muy lejos, pero intentó salir del apuro.

—¿Conoces el de Caperucita?

En los ojos de la nieta volvió a brillar el desinterés.

—Pues claro que lo conozco.

El abuelo encontró en aquella respuesta una ocasión para apretar la relación con su nieta.

—Pues cuéntamelo tú a mí, anda —le pidió.

Lauri apagó la pantallita con evidente desgana, y comenzó a hablar:

—Caperucita era una niña que pasaba muchos días con su abuela, en una casita cerca de un bosque. Los abuelos de Caperucita se habían divorciado, y la abuela tenía un novio llamado Lobo, que se portaba muy mal con ella.

—¿Que se portaba muy mal con ella? —repitió el abuelo, desconcertado.

—Le gritaba, le pegaba, ya sabes... ¿Cómo se le dice a eso?

—¿Maltrato doméstico? —respondió él, muy sorprendido.

—Eso... Qué difícil... Además, aquel hombre que se llamaba Lobo se portaba también muy mal con Caperucita, le hacía lo que suena a oso, oso, con otra palabra terminada en al. Al oso sual, puede ser ¿Sabes lo que digo?

—¿Acoso sexual? —murmuró él, con asombro creciente.

—Sí, eso. —Repuso la nieta. —Cómo habláis los mayores... Bueno, la tocaba por debajo de la ropa, esas cosas.

—Ya.

—Y un día le dijo que fuese con ella al bosque a buscar espárragos. Pero Caperucita ya sabía lo que quería Lobo, tocarla, y además lejos de casa, para que no pudiese escapar... Y se llevó en la cestita para los espárragos una pistola llena de balas que había encontrado rebuscando en el desván, y que aprendió cómo funcionaba mirando en el ordenador de su mamá.

El abuelo no sabía qué decir.

—Cuando estaban en medio del bosque, Lobo sacó de la mochila una manta y la puso en el suelo. Y mientras se agachaba para estirla, Caperucita cogió la pistola de la cestita, y como había visto en la tele, le puso a Lobo la punta de la pistola en esa parte de atrás de la cabeza... ¿cómo se llama?

—La nuca —murmuró él.

—Eso, la nuca. Y Caperucita, con las dos manos, disparó. Salió mucha sangre, como se ve en la tele, y Lobo quedó tirado encima de la manta... Luego, Caperucita volvió con su abuela y fueron muy felices... ¡Colorín colorado! ¿Puedo jugar un rato con la tableta?

2.- EL AMOR DEFINITIVO

Javier había salido con muchas, muchas chicas, pero a los veintinueve años conoció a Elvira y tuvo con ella una larga relación: de casi un año...

Iba a cumplir los treinta, y Elvira quiso hacerle un regalo especial, un regalo de categoría, un trío amoroso con una gran amiga suya, Karina. Tuvieron el encuentro y él quedó tan satisfecho de los encantos y la expresión sensual de Karina, que procuró seguir viéndose con ella a escondidas de Elvira, lo que hacían de vez en cuando con mucho gusto de los dos. Mas Elvira acabó enterándose, y su enfado fue tan grande que rompió definitivamente la relación con él.

Javier quedó muy disgustado con aquella brusca separación de Elvira, y además Karina tampoco quería ya verlo, pues intentaba congraciarse con Elvira.

Sin embargo, Javier no dejó de encontrarse con otras chicas, ni de conocer a nuevas. Había una, Tonya, con la que solo se relacionaba a través de guasap. Ella se los mandaba a menudo, muy

divertidos, y se fueron comunicando cada vez con más frecuencia, hasta que empezaron a salir. Se sentaban en un bar y, aunque estuviesen juntos, hablaban sobre todo a través de los guasap, de modo que su relación se fue estrechando.

Un día, puestos de acuerdo mediante la comunicación electrónica, se marcharon desde el bar a casa de Javier: los guasap se iban haciendo cada vez más picantes, de manera que se desnudaron y se metieron juntos en la cama. Alternaban los besos y las caricias con nuevos mensajes en el móvil, cada vez más lujuriosos, que culminaron en una cópula deliciosa.

La relación electrónica y carnal continuó. Han pasado ya juntos dos años y medio, y Javier está convencido de haber encontrado el amor de su vida. Se lo dice a ella en los guasap, y ella le responde: «Yo también te quiero» —con k—, y luego hay una larga ristra de emoticonos sonrientes o en forma de corazón...

3.- EL NOVÍSIMO CONTINENTE

Se llama Adan —José Adán— porque fue el primer niño que nació en la urbanización en la que se instalaron sus padres, recién casados. Estudió Biológicas en Madrid y, recién terminada la carrera, consiguió una beca para una universidad de los Estados Unidos, donde ha permanecido, enseñando en diferentes universidades, hasta su ya cercana jubilación. Hoy, uno de los profesores de su equipo se está preparando para nuevos trabajos de investigación en el Continente de la Basura, y él recuerda que fue pionero en tales investigaciones, a los 50 años, cuando acababa de ser nombrado catedrático —*full professor*— en su universidad.

El viaje había sido emocionante: primero el vuelo en avión hasta una de las islas de la Micronesia y luego el desplazamiento en un hidro-helicóptero hasta una de las partes visibles y sólidas del Continente de la Basura.

Al parecer, entonces el Pacífico tenía una masa de plásticos y de residuos industriales que podía llegar al 8% de su superficie, más de 100 millones de toneladas de desechos, pero mucha de esa masa era invisible, desmenuzada ya en diminutas partículas. Sin embargo, unos restos sólidos, aglutinados y flotantes, se dispersaban a lo largo y ancho de una superficie que podía duplicar la extensión del continente europeo...

El número total de investigadores era de doce, repartidos en tres plataformas separadas cientos de kilómetros, pero comunicadas mediante sistemas electrónicos y relacionadas físicamente a través del helicóptero, lo que permitía el intercambio de los investigadores, todos de diferentes especialidades.

Sobre cada plataforma, servía de albergue y laboratorio una construcción ligera, de diseño muy funcional: pequeñas alcobas-armario, duchas y retretes que aprovechaban la propia agua filtrada del mar, una despensa bien nutrida de alimentos y agua potable —la estancia iba a durar 20 días— y el espacio para los trabajos de investigación, el más amplio de la construcción, con toda clase de instrumentos. La energía estaba asegurada mediante placas solares.

Adan era el director de su grupo, y con él colaboraba, como ayudante primera, Eva Zelorio, una profesora peruana, que tendría cinco años menos que él, procedente de una universidad cercana a la suya, en el oeste. El resto del equipo estaba compuesto por dos jóvenes profesores, ambos norteamericanos, que procedían de universidades del este.

La curiosa coincidencia de los nombres del director y la ayudante no había suscitado ninguna broma, salvo cierta sonrisa secreta cuando ambos se presentaron. Luego, lo intenso del trabajo solo se interrumpía para un descanso breve, que no daba lugar a charlas ociosas. La plataforma estaba incrustada sobre aquella superficie de residuos que se extendía hasta el horizonte y que apenas se movía por la fuerza del mar, y la luz del día, o la de la luna, le daban un peculiar relumbre jaspeado con tonos que iban del plata al morado y ocre.

Aquello no estaba tan falto de vida como se podría suponer, pues entre la basura de los plásticos había también algas, y en ellas pequeños moluscos que servían de alimento a ciertos cangrejillos. Vista en el microscopio, el agua estaba cargada de partículas de plástico ya descompuesto por el paso de tiempo, y ellos analizaban meticulosamente la naturaleza de las diversas sustancias.

El séptimo día, el helicóptero vino a buscar a los dos jóvenes profesores, porque eran necesarios en la plataforma Norte, donde había aparecido muerto un gigantesco calamar entre la basura, y se estaban estudiando los verdaderos motivos de tal fallecimiento.

El jefe del equipo y su ayudante quedaron pues solos, y continuaron su aplicada tarea en los análisis de todo lo que los rodeaba, aunque su relación se hizo más distendida. Ya el primer día, al terminar el trabajo del laboratorio, en lugar de entretenerse cada uno con su propia tableta, sacaron dos asientos al exterior y se quedaron contemplando la puesta del sol.

—Una verdadera instalación —comentó Eva. —Habría que llevar una parte al MOMA...

—El Gran Veneno, podría titularse... Lo comen las medusas, a ellas los peces, y luego pasa a nosotros...

—Todo es cuestión de acostumbrarse, como nos acostumbramos a los vegetales...Y luego, esperar la supervivencia de los más fuertes...

—¿Lo dices en serio?

—¡Qué remedio! ¿Qué otra cosa se puede decir?

Sin embargo, aquel panorama de brillos y manchas que conformaba una interminable extensión movediza tenía una macabra belleza. Además, no olía mal, sino que el fuerte aroma marino se agudizaba con cierta fragancia metálica.

Sus ayudantes iban a estar fuera dos días, pero no regresaron, y les llegó la noticia de que el helicóptero había tenido una avería y que desde tierra firme no podían enviarles por ahora ningún repuesto, pues había una borrasca tremenda.

Pasaron tres días, y entre ambos la confianza se había hecho mayor. Por otra parte no estaban preocupados, pues la despensa seguía bien surtida y estaban seguros de que todo se resolvería en poco tiempo.

Se sentían muy a gusto trabajando juntos, y como ninguno de los dos había hablado de sus asuntos personales, su relación tenía un sabor de primer encuentro, de misteriosa coincidencia. El quinto día se besaron, se acariciaron, hicieron el amor. Habían sacado las colchonetas a la plataforma y sentían bajo sus cuerpos la movilidad suave de aquel apacible mundo de basura. El cielo estrellado multiplicaba su fulgor en los interminables plásticos.

—Adán y Eva en el edén, dijo él. —El Génesis acaba siempre repitiéndose.

—Pero ahora Adán y Eva ya no están en el Génesis, sino en el Apocalipsis —repuso ella.

Y tras un silencio, ambos se echaron a reír.

TROPELIAS